

Manuela Mesa (coord.)

Seguridad internacional y democracia: guerras, militarización y fronteras

Anuario 2016-2017

baiz



ceipaz

Libro Amigo de los Bosques
GREENPEACE

El papel de este libro es 100% reciclado, es decir, procede de la recuperación y el reciclaje del papel ya utilizado.

La fabricación y utilización de papel reciclado supone

el ahorro de energía, agua y madera, y una menor emisión de sustancias contaminantes a los ríos y la atmósfera. De manera especial, la utilización de papel reciclado evita la tala de árboles para producir papel.

Seguridad internacional y democracia:
guerras, militarización y fronteras.
Anuario CEIPAZ 2016-2017

Federico Mayor Zaragoza, José Antonio Sanahuja, Mark Ackerman,
Manuela Mesa, Francisco Javier Verdes-Montenegro, Caterina García,
Josep Ibáñez, Rosa Meneses, Ignacio Álvarez-Ossorio, Marc Saurina,
Xulio Ríos

© Federico Mayor Zaragoza, José Antonio Sanahuja, Mark Ackerman, Manuela Mesa,
Francisco Javier Verdes-Montenegro, Caterina García, Josep Ibáñez, Rosa Meneses,
Ignacio Álvarez-Ossorio, Marc Saurina, Xulio Ríos

De esta edición:

© CEIPAZ

Fundación Cultura de Paz
Ciudad Universitaria Cantoblanco
Pabellón C

Calle Einstein, 13. Bajo
28049 Madrid

Tel. 91497.37.01

info@ceipaz.org

[http:// ceipaz.blogspot.com](http://ceipaz.blogspot.com)

Edición de textos: CEIPAZ

Diseño: Alce Comunicación

Impresión: Perfil Gráfico

5ª edición: Mayo 2017

ISSN: 2174-3665

Depósito legal: M-16885-12

Sumario

Introducción <i>Manuela Mesa</i>	9
---	---

Tendencias internacionales

La ética del tiempo ante los retos globales <i>Federico Mayor Zaragoza</i>	19
Posglobalización y ascenso de la extrema derecha: crisis de hegemonía y riesgos sistémicos <i>José Antonio Sanahuja</i>	41
Guerras de frontera. Los fabricantes y vendedores de armas que se benefician de la tragedia de los refugiados en Europa <i>Mark Akkerman</i>	79
El tráfico de personas en el Triángulo Norte en Centroamérica: un negocio muy lucrativo <i>Manuela Mesa</i>	109
Los presupuestos militares en tiempos de crisis: el caso de España <i>Francisco Javier Verdes-Montenegro</i>	129

Perspectivas regionales

Populismo y nacionalismo: la política exterior estadounidense de la Administración Trump. Balance de 100 días de gobierno <i>Caterina García y Josep Ibáñez</i>	149
Seguridad en el Mediterráneo. Focos de tensión: terrorismo, guerra y crisis de refugiados <i>Rosa Meneses</i>	167
El impacto regional del conflicto sirio en Oriente Medio <i>Ignacio Álvarez Ossorio</i>	179
Turquía en el contexto actual: los desafíos para la democracia y su papel en la región <i>Marc Saurina</i>	197
China en sus relaciones con Estados Unidos <i>Xulio Ríos</i>	215

Relación de autores y autoras	233
-------------------------------------	-----

Populismo y nacionalismo: la política exterior estadounidense de la Administración Trump. Balance de 100 días de gobierno

Caterina García y Josep Ibáñez

Catedrática de Relaciones Internacionales (UPF) y Profesor titular de Relaciones Internacionales (UPF)



Introducción: ¿Una nueva política exterior estadounidense?

Las elecciones presidenciales estadounidenses acaparan una atención en los medios extranjeros sin equivalente a las de ningún otro país. En muchos países las elecciones norteamericanas se viven casi con más intensidad que las propias. La razón es obvia: son las elecciones presidenciales de la superpotencia del sistema internacional, del país que mayor poder acumula y cuya política exterior puede tener un impacto directo o indirecto sobre el bienestar de los ciudadanos de cualquier lugar del mundo. La superpotencia no puede serlo en solitario, pero sigue teniendo más poder que otros Estados. Es superpotencia en un mundo uni-multipolar (Huntington, 1999), multipolar asimétrico (Renard, 2009) o multipolar complejo (García, 2014). Sigue ocupando el primer lugar en el ranking mundial del poder suave: es la potencia más admirada, aquella que ha conseguido y sigue consiguiendo hacer deseables su modelo de vida y sus valores (McGlory, 2007). El síndrome "HHMM" –Hollywood, Harvard, MacDonald, Microsoft– (Joffe, 2001) sigue imponiéndose y generando adhesiones a nivel mundial.

El discurso demagógico de Donald Trump, lleno de aforismos y de simplificaciones extremas, escandaliza a las élites políticas e intelectuales, pero era apreciado por el público insatisfecho al que iba dirigido

En un contexto de conexiones globales e inmediatas las campañas presidenciales estadounidenses se siguen con la misma facilidad que las propias. Es más, es casi imposible permanecer al margen. Algunas elecciones y algunos presidentes atraen más la atención de los ciudadanos no estadounidenses por diversos motivos. En 2004, las primeras elecciones a las que concurría Barack Obama se vivieron con ilusión y esperanza en muchos lugares del mundo. El rechazo al unilateralismo de Bush, las promesas de cambio, su “*Yes, we can*” iban más allá de los Estados Unidos: prometía al mundo –y especialmente a sus aliados– un país más cercano, más empático, más multilateralista, más comprometido con los problemas globales, pero también menos militarista, que hiciera olvidar los estragos de la guerra de Irak y los malentendidos entre atlantistas y europeístas provocados por su antecesor. La última campaña electoral que en 2016 enfrentó a Hillary Clinton y Donald Trump, por motivos bien diferentes, también fue seguida masivamente en el exterior. A partir de un cierto momento, la posibilidad de que Donald Trump se convirtiera en presidente de la superpotencia empezó a alarmar a quienes desde el principio lo habían mirado desde la distancia, la incredulidad y la estupefacción. La victoria de Donald Trump supuso un efecto sorpresa no sólo en amplios sectores de la sociedad estadounidense, sino también en Europa y en otras regiones. A pesar de ser el candidato presidencial republicano, lo que en principio lo hacía tan elegible y posible ganador como a cualquier otro, estos sectores se negaban a ver en él a un presidente de los Estados Unidos no sólo por su inexperiencia política, lo cual no es obstáculo alguno, sino por el tono y el contenido de algunas de sus declaraciones durante la campaña. Sus discursos, sus eslóganes, sus consignas, sus promesas y sus amenazas adoptaron un tono de soflama populista que alarmaron a las élites políticas e intelectuales de las grandes ciudades americanas. Pero en paralelo, conectaron con grandes masas de votantes desilusionados, hartos del dominio del *establishment*, desengañados de sus promesas y hastiados de sus políticas. Ante el “más de lo mismo” con el que se identificaba a Hillary Clinton, apostaban por el cambio que, en clave interna, se presentaba de la mano de una política exterior nacionalista y populista, proteccionista, aislacionista y fuerte.

La política exterior no es, ciertamente, la política que más preocupa al ciudadano medio ni, por tanto, la que más votos atrae, ni en Estados Unidos ni en ningún país, salvo en circunstancias muy excepcionales. Por ello el espacio que los candidatos le dedican en campaña es reducido. En el caso de Trump fue muy obvio. Cuando presentó su programa electoral en Pensilvania, en octubre de 2016, sintetizó sus ideas nucleares en torno a 30 propuestas. De ellas, ni una sola se refería a la política exterior. No obstante, dado el papel de Estados Unidos en el mundo, el carácter global de la política mundial y la estrecha vinculación entre política interna y exterior en un mundo globalizado, la

campaña estuvo repleta de alusiones directas o indirectas a la política exterior con mensajes duros, claros, contundentes y no pocas veces abruptos o agresivos. Anunciaba mano férrea con los enemigos, replanteamiento de las alianzas tradicionales y proteccionismo comercial. Lo resumía con un eslogan claro y directo, que no dejaba lugar a dudas ni permitía interpretaciones ambiguas: *America first*. El lema remitía directamente al programa del *American First Committee*, el grupo anti-intervencionista creado en los años previos a la Segunda Guerra Mundial (Cole, 1953), y se apoyaba en un programa poco elaborado en materia de política exterior, pero atractivo para aquellos electores estadounidenses poco interesados por el papel y prestigio de su país en el exterior y muy preocupados por mantener o recuperar sus empleos y mejorar su nivel de vida. Tal como reflejan las encuestas, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial en Estados Unidos son mayoría los ciudadanos receptivos al mensaje aislacionista. Según el Pew Research Centre (2016), en 2016, el 57% de la población se declaraba partidaria de centrarse en los propios problemas y de dejar a los otros países lidiar con los suyos y el 41% opinaba que el país se implicaba en exceso en la economía mundial. Una ola de nacionalismo y populismo recorre Estados Unidos. Parece que “los Estados Unidos están cansados del mundo” (Bréville, 2016). Ese sentimiento explotado por Trump fue utilizado por otros candidatos. Antes que Trump, el republicano Ted Cruz ya recurrió al lema “*America first*” y el demócrata Bernie Sanders por motivos diferentes proponía reducir el rol de Estados Unidos en el mundo. Incluso el Presidente Obama –a quienes sus adversarios acusan de haberse implicado en exceso en la defensa de ideales globales– ya intentó reducir las intervenciones exteriores (Wright, 2016). Por tanto, el discurso nacionalista y aislacionista de Trump caía en un terreno abonado. Formalmente, el mensaje iba envuelto en una retórica de tono elevado, duro y a veces grosero con sus enemigos, pero también con sus supuestos aliados (Haines, 2016). El discurso demagógico, lleno de aforismos y de simplificaciones extremas, escandalizaba a las élites políticas e intelectuales, pero era apreciado por el público insatisfecho al que iba dirigido.

Más allá del tono, en cuanto al contenido, como veremos en los próximos apartados, la política exterior defendida por Donald Trump tiene muchos elementos de continuidad con la tradición política estadounidense aunque, a la vez, de concretarse supondría un giro no sólo respecto a la política exterior de su predecesor inmediato sino respecto a las líneas básicas de la política exterior de los últimos setenta años. La política exterior es una de las políticas más estables porque tiene como objetivo salvaguardar los intereses de un Estado en el exterior y estos no cambian substancialmente con los cambios de gobierno. Por ello, cambian las intensidades, los tonos, incluso posicionamientos en temas menores, pero las grandes líneas y las

*Trump ha
amenazado con
sacudir los
cimientos de los
principios y las
normas que han
guiado las
instituciones del
orden
internacional
liberal*

alianzas mantienen la perdurabilidad. Además, es una política más estable que otras porque conlleva una serie de compromisos internacionales que se han contraído a partir de la convicción de las partes de su utilidad y cuyo incumplimiento tiene serias consecuencias sobre el prestigio, la credibilidad y la legitimidad internacional de aquel que los rompe. Sin embargo, al menos en campaña, al proponer replantearse sus alianzas tradicionales, romper con los acuerdos de libre comercio y castigar contundentemente a sus enemigos, Trump ha amenazado con sacudir los cimientos de los principios y las normas que han guiado las instituciones del orden internacional liberal, construido consensuadamente con sus aliados y liderado por Estados Unidos desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

El objetivo de estas páginas es analizar hasta qué punto su programa populista, proteccionista, aislacionista y militarista se va concretando en un giro de la política exterior que erosione las bases del orden liberal o, por el contrario, si tras 100 días de gobierno la realidad del poder va transformando el tono explosivo de la campaña y orientándolo hacia un mayor pragmatismo que garantice la continuidad del orden internacional liberal. Para ello este trabajo analizará en primer lugar, la visión del mundo que informa la política exterior de Trump; en un segundo lugar se presentará su aproximación a los grandes temas de la agenda global y las propuestas dirigidas a sus aliados, rivales y enemigos; y finalmente, a modo de reflexiones finales, se abordarán los primeros pasos del nuevo gobierno y un balance de sus primeros 100 días.

La visión del mundo según Trump

Aunque se le ha acusado de no tener un programa claro de política exterior e ir dando bandazos discursivos, de lanzar mensajes vagos y propuestas contradictorias (Fisher, 2016), el Presidente Trump tiene una visión personal, y relativamente coherente del mundo (Klare, 2017) y del papel que en él deben desempeñar los Estados Unidos. Frente a quienes hablan de improvisación, Haines defiende que a lo largo de dos décadas de pronunciamientos orales y escritos Trump (Trump, 2000) ha ido elaborando los contornos de una “doctrina” de la política exterior, si bien también admite que quizás sea un término demasiado formal para describir lo que más propiamente cabría caracterizar como “un conjunto de creencias” (Haines, 2016) que conectan con el aislacionismo, el realismo y el unilateralismo. Tradicionalmente la política exterior estadounidense ha oscilado de manera pendular entre los extremos de tres ejes: aislacionismo-intervencionismo, realismo-idealismo y unilateralismo-multilateralismo. Los diferentes posicionamientos a lo largo de la historia han dado

lugar a cuatro tradiciones o culturas estratégicas contrapuestas y complementarias a la vez (Clarke y Ricketts, 2016) que se identifican con las políticas exteriores de cuatro mandatos presidenciales. La *hamiltoniana* destaca por su defensa de la liberalización comercial y la apertura de los mares; la *jeffersoniana*, por la defensa del sistema democrático; la *jacksoniana*, por los valores populistas y la defensa de la fuerza militar; y la *wilsoniana* por la defensa de los principios morales en política internacional. Al Presidente Trump se le considera un *jacksoniano*, con una visión religiosa y pesimista del mundo que entiende la sociedad internacional como el caos *hobbesiano*. Por tanto, cuanto más aislado pueda mantenerse el país, mejor; pero como será inevitable entrar en contacto con el caos, hay que estar preparado militarmente para defender los intereses nacionales. El aislacionismo es la regla, pero una intervención militar decidida no se descarta para defender los intereses económicos o de seguridad (Nardon, 2016). Otros aspectos de la tradición *jacksoniana* se ven claramente reflejados en el discurso de Trump: el populismo, el individualismo, el honor y el valor (Mead, 1988/99). Al igual que la política exterior *jacksoniana*, la hoja de ruta de Trump no está condicionada por su vinculación a grandes principios morales (Klare, 2017). Fue significativo que en campaña no se refiriera en ningún momento a los principios universalistas y cosmopolitas a los que habitualmente recurren los líderes estadounidenses (defensa de la democracia, la libertad o los derechos humanos). La primacía de los intereses es clara.

Por otra parte, la política exterior debe ser minimalista y limitar las intervenciones exteriores a la defensa estricta de los intereses norteamericanos. Durante la campaña Trump denunció, por considerarlas costosas e inútiles, todas las guerras en las que han participado Estados Unidos durante la presidencia de Obama. Ahora bien, si se estima y se decide que es necesaria la fuerza, los *jacksonianos* consideran el uso limitado de la fuerza “profundamente repugnante” (Beinart, 2016) y reclaman una implicación a fondo que garantice la victoria total (Clarke y Ricketts, 2016).

Trump no participa de la visión del mundo compartida por los responsables y expertos de la política exterior ubicados en Washington. Según estos, el mundo consiste en un sistema de relaciones de dependencia más o menos estrechas que se puede representar con la imagen de una serie de círculos concéntricos que desde el centro –la Casa Blanca– hacia el exterior agrupan en un primer anillo a Canadá, el Reino Unido y otros aliados anglófonos; en un segundo anillo se sitúan los aliados no anglófonos de la OTAN, Japón, Corea del Sur e Israel; en un tercero los socios económicos y militares de larga duración como Taiwán, Filipinas o Arabia Saudí; y fuera, al margen de estas relaciones de dependencia se ubican los adversarios (Rusia, China, Irán y Corea del Norte) (Klare, 2017). Trump, influenciado por

El presidente ha manifestado una inquietante tolerancia hacia los líderes de algunos regímenes autoritarios, como el líder ruso

su experiencia profesional, observa el mundo con desconfianza y con una lógica empresarial. El mundo es un caos amenazante y es preciso estar preparado para competir. Al igual que su Secretario de Estado, Rex Tillerson, hombre de negocios vinculado a Exxon-Mobil, no cree en las alianzas permanentes en un mundo en el que los peligros, pero también las oportunidades, pueden surgir de cualquier lugar. Por tanto, Estados Unidos debe saber moverse ágilmente en un tablero mundial extremadamente competitivo.

En este contexto hostil, Trump ha definido con claridad las prioridades de Estados Unidos: erradicar el islamismo radical que, en clave interna, significa garantizar la seguridad frente al terrorismo transnacional (realismo); reforzar el ejército porque el uso de la fuerza no se descarta (realismo/unilateralismo) y formular una política exterior basada exclusivamente en los intereses norteamericanos (aislacionismo) (Lesperance, 2016). Es en este sentido que, a pesar de su inserción en una de las líneas tradicionales de la política exterior, sus propuestas rompen con la tendencia general de los últimos setenta años de liderazgo del orden internacional liberal y con los que han sido los cimientos de ese orden, el sistema de alianzas, una economía liberal global y la democracia (Wright, 2016). A pesar de los abundantes réditos obtenidos de este orden, Trump atribuye la pérdida de poder de los Estados Unidos a la política exterior de los últimos años, que califica de aventurista: el poder estadounidense ha sido sobreutilizado y, sobre todo, mal utilizado, lo que ha provocado un debilitamiento de su influencia mundial (Lesperance, 2016). Ha adolecido de un exceso de generosidad, ocupándose de problemas que no responden a las prioridades nacionales y gastando cantidades ingentes de dólares en defender a Europa y a Asia, lo cual ha acabado jugando en su contra (Haines 2016). La hegemonía benévola (Ikenberry, 2004) se ha cansado de serlo y cuestiona un sistema de alianzas que Estados Unidos edificó y ha sostenido desde después de la Segunda Guerra Mundial. Lo mismo ocurre con el orden internacional económico que articuló en Bretton Woods y que desde entonces ha ido consolidando y adaptando a sus necesidades. Ahora señala culpables externos de sus problemas económicos internos –China y su moneda devaluada, los estragos del libre comercio que perjudican a las empresas estadounidenses, etc.–y enfoca la economía global como un juego de suma nula. O ganas o pierdes. Todo lo contrario del mantra del libre comercio que asegura que en una economía abierta todos los actores ganan. Finalmente, sin ir en contra de la democracia, Trump ha manifestado una inquietante tolerancia hacia los líderes de algunos regímenes autoritarios, y en particular ha profesado su admiración hacia el líder ruso, Vladimir Putin.

Como veremos a continuación, Trump tiene un posicionamiento en los temas globales y en los dosieres regionales que responde a esta visión del mundo y propone cuál debe ser el rol de los Estados Unidos, pero también responde a una cierta impulsividad poco reflexiva (Wright, 2016) que dota a su política exterior de un alta dosis de imprevisibilidad, lo cual genera inquietud y temor tanto en aliados como en rivales.

Un programa de política exterior revolucionario

El programa de política exterior defendido por Trump a lo largo de la campaña electoral tuvo como referencia las grandes líneas definidas por el Partido Republicano (Republican Party, 2016: 41-54)¹ y, aunque no se apartó excesivamente de ellas, sí quedó muy claro que su visión del mundo y su talante eran sus principales guías a la hora de hacer propuestas con respecto a los principales países, regiones y temas de la agenda de política exterior: Rusia, Europa Occidental, Cuba, Asia Oriental (China y Corea), Oriente Medio (Irak, Israel, Irán), terrorismo yihadista, defensa y seguridad nacional, energía y medio ambiente, política comercial e inmigración. En su conjunto, se trataba de un programa revolucionario, por cuanto subvertía muchas de las posiciones y políticas que habían sido mantenidas y promovidas por los presidentes norteamericanos al menos durante las últimas décadas.

Durante la campaña electoral las propuestas y referencias de Trump con respecto a Rusia resultaron sorprendentes por su tono conciliador y la afinidad que destilaban. Desde los años de la Posguerra Fría la Federación Rusa se había esforzado por recuperar en la política internacional el estatus perdido con el fin de la URSS. Y desde el año 2000 en la presidencia del país, Vladimir Putin había contribuido a conformar una imagen de Occidente opuesta a los intereses rusos y una política exterior orientada a contrarrestar la hegemonía estadounidense mediante el euroasiatismo y el estrechamiento de relaciones con vecinos de Asia Central y Asia Oriental. Durante la segunda presidencia de Barack Obama las relaciones ruso-norteamericanas adquirieron elevados niveles de tensión debido a la evolución de algunos asuntos, como la crisis de Crimea, la crisis política de Ucrania y los choques armados en el este del país, y la falta de acuerdo con respecto a la guerra civil en Siria desde que esta se iniciase en 2011. Frente a esta realidad de rivalidad ruso-norteamericana, las propuestas de

¹En el documento *Republican Platform 2016* la política exterior ocupa un extenso capítulo, titulado "America Resurgent" (Republican Party, 2016: 41-54). Aunque éste se caracteriza por la vaguedad, en sus primeros párrafos sí deja muy clara su orientación militarista: "Sencillamente, el compromiso del Partido Republicano es que el ejército norteamericano vuelva a convertirse en el más fuerte de la Tierra y a tener una superioridad amplia sobre cualquier otro país o grupo de países en el mundo. Vivimos un mundo peligroso y creemos en el resurgimiento de Estados Unidos" (Republican Party, 2016: 41).

Este perfil de empresario duro, habilidoso y justiciero se tradujo en la campaña electoral en propuestas poco amistosas o conciliadoras

Trump en campaña electoral fueron en dos sentidos: por un lado, se proyectó una imagen afable y cordial de Rusia y se propuso que Estados Unidos construyese una relación fructífera con el Presidente Vladimir Putin; por otro lado, se planteó a los países de Europa Occidental que fuesen ellos quienes ejerciesen presión diplomática sobre Rusia en relación a la situación en Ucrania y se insistió a los aliados europeos de la OTAN sobre la necesidad de que incrementasen su contribución a la Alianza Atlántica (CFR, 2016).

En contraste con la benevolencia con que Trump trató en campaña a Rusia, Europa Occidental ocupó un lugar muy secundario y, en todo caso, fue utilizada para ilustrar aquello que Estados Unidos debía evitar en la lucha antiterrorista, como la laxitud en los controles fronterizos o las restricciones para la posesión de armas. En repetidas ocasiones Trump mostró su antipatía por la Unión Europea, ya fuese alabando la decisión británica de abandonarla o exigiendo a aliados europeos como Alemania que pagasen más a Estados Unidos si querían seguir disfrutando de su protección militar (WSJ, 2016).

Un tema tradicionalmente de primer orden como el de las relaciones con Cuba ocupó muy poco espacio en la campaña electoral de Trump. Teniendo en cuenta los pasos dados por Barack Obama en la normalización de las relaciones bilaterales después de medio siglo de crisis, los intereses económicos estadounidenses y la popularidad del restablecimiento de relaciones con Cuba llevaron a Trump a pronunciarse a favor de los esfuerzos realizados en pro de la normalización, incluyendo las medidas de levantamiento del embargo (CFR, 2016).

En relación a Asia Oriental, la atención de Trump se concentró en China y, en menor medida, en Corea. China fue utilizada de forma muy activa y reiterada como chivo expiatorio de los males económicos norteamericanos. El argumento central en el que se apoyaba esta utilización era que las condiciones laborales y salariales chinas atraían a las grandes empresas estadounidenses, que cerraban sus centros en suelo norteamericano y contribuían así al aumento del paro y a la destrucción del tejido industrial. Frente a esta huida de capital y puestos de trabajo estadounidenses hacia China, Trump se erigió como experto negociador con empresas chinas que había demostrado su capacidad para ganarles sistemáticamente la partida. Este perfil de empresario duro, habilidoso y justiciero se tradujo en la campaña electoral en propuestas que difícilmente podían interpretarse como amistosas o conciliadoras: aumentar la presencia militar estadounidense en las aguas del Mar de China Meridional y en zonas próximas a ellas; investigar y castigar a China por las prácticas comerciales desleales y por su manipulación sistemática de los tipos de cambio; y mejorar los sistemas estadounidenses de disuasión informática frente a los ciberataques chinos (CFR, 2016).

En relación a la Península de Corea, la campaña electoral de Trump planteó una posición de firmeza frente a los riesgos y amenazas procedentes de Corea del Norte. Estados Unidos debía ser menos tolerante con el régimen norcoreano y debía instar a China a presionar a sus aliados norcoreanos para limitar el programa nuclear de éstos. Al mismo tiempo, Corea del Sur y Japón deberían dedicar más recursos a su alianza con Estados Unidos para mantener a raya a Corea del Norte (CFR, 2016; WSJ, 2016).

Los países de Oriente Medio tuvieron un tratamiento muy desigual en la campaña electoral de Trump. En este sentido, Iraq no fue un tema muy relevante; con anterioridad Trump ya se había mostrado crítico con la decisión del Presidente George W. Bush de invadir el país en 2003 por la inestabilidad que conllevó para el conjunto de la región. Por ello, en campaña no llegó a plantear ningún plan diferente del que Barack Obama había intentado aplicar desde 2011 para retirar por completo las tropas estadounidenses del terreno. Tan sólo llegó a referirse con cierta frecuencia a la necesidad de trabajar conjuntamente con los kurdos para acabar con el Daesh (WSJ, 2016).

Mayor relevancia obtuvieron las propuestas con respecto a Israel y a los territorios palestinos. En relación a este tema el Partido Republicano ya había declarado su apoyo “inequívoco” a Israel, que debía interpretarse como una “expresión de americanismo” y que debería traducirse no sólo en medidas para garantizar la seguridad de Israel, sino incluso en el reconocimiento de Jerusalén como “capital eterna e indivisible del estado”, a la que debería trasladarse la embajada estadounidense (Partido Republicano, 2016: 47). Aunque en algunas declaraciones públicas Trump pareció mostrarse neutral con respecto al conflicto israelo-palestino, a lo largo de 2016 asumió por completo el compromiso con Israel, el “mayor aliado en la región”, sobre todo a tenor de la amenaza potencial procedente de Irán (WSJ, 2016).

Con respecto a este país, su posición en campaña electoral fue muy crítica con el Plan de Acción Conjunto y Completo firmado por Barack Obama a mediados de 2015 y según el cual se relajaban las sanciones impuestas a los iraníes y se desbloqueaban sus activos en el extranjero. Irán se habría aprovechado de este acuerdo para ofrecer su apoyo activo a Bashar El Asad en Siria y a diversas milicias chiíes de Oriente Medio en conflictos que afectaban a los intereses norteamericanos; además, la Guardia Revolucionaria Islámica iraní habría estado realizando pruebas con misiles balísticos que, sin llegar a violar la Resolución 2231 del Consejo de Seguridad de la ONU, estarían minando el espíritu del acuerdo nuclear. Trump lo calificó como “el peor acuerdo de la historia” y propuso renegociarlo con condiciones mucho más duras para los iraníes (*The Economist*, 25 de febrero 2017).

*En materia de
defensa y
seguridad
nacional, el
presidente
estadounidense
aboga por la
militarización y la
adopción de
medidas
contrarias a los
derechos
fundamentales*

La lucha contra el yihadismo ocupó un lugar privilegiado en la campaña electoral de Trump. En general, las propuestas sobre esta cuestión elevaban el tono belicista y abogaban por una mayor implicación militar estadounidense para hacer frente al Estado Islámico. Aunque esta posición ya se apuntó en intervenciones públicas durante 2015, fue desde los atentados de París en noviembre de ese año y sobre todo a lo largo de 2016 cuando Trump planteó medidas militarmente más comprometidas, como el despliegue de 30.000 soldados norteamericanos en Oriente Medio para luchar contra el ISIS y el aumento de los ataques aéreos estadounidenses sobre las posiciones del Daesh en Siria e Iraq (CFR, 2016). Este mayor esfuerzo bélico se planteaba de manera vinculada a la creación de una coalición de estados occidentales y árabes que aumentasen también su compromiso; así, Trump llegó a sugerir que Estados Unidos dejaría de comprar petróleo de Arabia Saudí si este país no contribuía con efectivos militares sobre el terreno. Otra medida propuesta sobre esta cuestión fue el establecimiento de zonas seguras sobre el territorio de Siria a modo de corredores humanitarios para proteger a los refugiados desplazados por el conflicto armado. Con respecto a la guerra en Siria, Trump se mostró partidario de ceder protagonismo a Rusia dándole más flexibilidad para estabilizar la región (WSJ, 2016).

En materia de defensa y seguridad nacional, la campaña electoral de Trump abogó sin ambages por la militarización y por la adopción (o reinstauración) de medidas contrarias a los derechos fundamentales. Las propuestas del rearme estadounidense incluían un incremento de los efectivos del ejército de 490.000 a 540.000, un aumento del número de batallones del Cuerpo de Marines de 23 a 36, el incremento de los navíos de guerra de 270 a 350 y de las aeronaves de combate de 1.100 a 1.200, entre otras medidas (Fact sheet, 2016). Aunque llegó a referirse a la mejora de los sistemas de misiles balísticos, Trump no aclaró si ello modificaría la política estadounidense en la materia. Junto a estas medidas, la lucha antiterrorista aconsejaba una revisión de las políticas federales de ciberseguridad, la recuperación de programas de vigilancia masiva anteriormente concebidos por la Agencia de Seguridad Nacional, la aprobación de “técnicas de interrogatorio mejoradas” para sospechosos de terrorismo, que podían incluir la tortura (a través de la simulación de ahogamiento, por ejemplo), e incluso la suspensión de la inmigración procedente de zonas con una “historia probada de terrorismo contra Estados Unidos, Europa o nuestros aliados”.² Precisamente en relación a los aliados atlánticos, la campaña electoral de Trump fue muy crítica con la OTAN, llegando a sugerir que si los otros miembros no pagaban más para garantizar la protección de Europa, Estados Unidos

² “Donald J. Trump addresses terrorism, immigration, and national security”, 13 de junio de 2016, disponible en <https://www.donaldjtrump.com/press-releases/donald-j.-trump-addresses-terrorism-immigration-and-national-security>

debía plantearse incluso abandonarla, pues resultaba ineficaz en la lucha contra el terrorismo y en la gestión de flujos migratorios (CFR, 2016).

Esta “securitización” de temas y ámbitos materiales no militares se extendió también a las propuestas políticas de energía y medio ambiente, apuntaladas en el plan energético “America First”, de acuerdo con el cual el dominio energético estadounidense sería declarado objetivo económico y de política exterior estratégico (The White House, 2017a). El punto de partida en esta materia era el negacionismo en relación al cambio climático, de modo que toda la política energética de Barack Obama era errónea y debía ser desmontada con medidas como la retirada estadounidense de Acuerdo de París que limita las emisiones de gases de efecto invernadero, la eliminación de este tipo de límites en las fábricas estadounidenses, el incremento de la producción de energías fósiles y la finalización de la construcción del controvertido oleoducto Keystone XL entre Canadá y Texas, que el gobierno de Obama había rechazado en 2015. En el marco de la nueva estrategia de Trump se planteaba la consecución y el mantenimiento de la independencia norteamericana con respecto a las importaciones energéticas de la OPEC u otros países hostiles, al mismo tiempo que la colaboración con los aliados del Golfo para desarrollar “una relación energética positiva como parte de nuestra estrategia antiterrorista” (*sic*). Este plan energético serviría para tener más ingresos con los que estimular la economía a través de mejoras en infraestructuras, servicios públicos y agricultura, para lo cual la innovación debería liberarse de las ataduras de la burocracia. En suma, las propuestas suponían un revisionismo radical de las políticas contra el cambio climático que convertiría a Estados Unidos en un país energéticamente independiente y en un estado paria en materia medioambiental.

La relevancia de la economía en la política exterior también fue puesta de manifiesto en el revisionismo comercial. Según Trump, el liberalismo desmedido había hecho posible que las empresas norteamericanas y extranjeras se aprovecharan de los acuerdos comerciales internacionales para enriquecerse a costa de los trabajadores estadounidenses. La solución a los males de la economía norteamericana pasaba por la renegociación o el abandono del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) –un “desastre” en palabras de Trump–, por la retirada del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP en sus siglas en inglés), por el abandono de las negociaciones sobre el Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones (TTIP en sus siglas en inglés) y por la revisión de las relaciones comerciales estadounidenses con algunos países como China (CFR, 2016). Como mínimo, estas medidas anunciaban una sacudida para el sistema internacional de comercio que Estados Unidos había defendido durante décadas.

Por último, mención especial merecen las propuestas de la campaña electoral en relación a la inmigración, pues la limitación de la entrada a extranjeros fue utilizada por Trump como argumento para conseguir tanto el bienestar económico como la seguridad frente a la amenaza terrorista. Al fin y al cabo, según afirmaba el propio Trump, entre los inmigrantes ilegales se encontraban fundamentalmente delincuentes, criminales, terroristas y extranjeros que dejaban en el paro a los trabajadores estadounidenses. Las propuestas más llamativas y radicales se refirieron a la inmigración mexicana, que debía limitarse con todo tipo de medidas restrictivas, incluyendo la construcción o ampliación de las barreras físicas y de sistemas de vigilancia en la frontera con México, e incluso la organización de deportaciones en masa de indocumentados. Pero la criminalización de la inmigración ilegal fue generalizada y tuvo también como víctimas retóricas privilegiadas a las comunidades musulmanas; ya en 2015 Trump propuso una prohibición "total y completa" de la entrada de musulmanes en el país hasta que pudiese determinarse el alcance real de la amenaza del terrorismo yihadista.³

El gobierno estadounidense propuso una prohibición "total y completa" de la entrada de musulmanes en el país

Balance de 100 días de gobierno

Las propuestas anunciadas durante la campaña electoral eran en su conjunto tan heterogéneas e incoherentes, y algunas tan potencialmente revolucionarias, que nadie podía anticipar realmente cómo acabaría siendo la nueva política exterior norteamericana (Shapiro, 2016). Efectivamente, a partir del 20 enero de 2017 el eslogan *America First* no permitiría por sí solo interpretar con precisión ese "Primero los Estados Unidos". Ni siquiera el propio Presidente ha parecido tenerlo demasiado claro, a tenor de sus primeros 100 días en el cargo.

Desde la toma de posesión, la formación del nuevo gobierno resultó ser dificultosa y peculiar en lo relativo al equipo de personas que se encargarían de la política exterior y la seguridad nacional. Muchas de ellas carecían de experiencia en estas materias, empezando por el grupo que gozaba de la máxima confianza del nuevo Presidente, como Steve Bannon (anterior jefe de la campaña electoral, nombrado Estratega Jefe de la Casa Blanca), Stephen Miller y Jared Kushner (ambos nombrados consejeros principales en la Oficina Ejecutiva del Presidente)⁴, a los que cabría sumar a la propia Ivanka Trump, quien desde abril contaría con oficina en el Ala Oeste de la Casa Blanca y

³ "Donald J. Trump statement on preventing muslim immigration", 7 de diciembre de 2015, disponible en <https://www.donaldjtrump.com/press-releases/donald-j.-trump-statement-on-preventing-muslim-immigration>

⁴ A principios de abril Jared Kushner fue nombrado además responsable de la nueva Oficina de Innovación de la Casa Blanca, cuyo objetivo sería reformar la burocracia federal con el apoyo de empresarios relevantes y bajo supervisión directa del Presidente.

sería empleada federal, aunque sin sueldo. Algunos de los nombramientos resultaron controvertidos, pues constituían una demostración desacomplejada de nepotismo, como los referidos a su yerno Kushner y a su hija Ivanka. En algún caso, directamente fueron un fracaso, como Michael T. Flynn, efímero Consejero de Seguridad Nacional, forzado a dimitir en febrero tras conocerse sus contactos de dudosa legalidad con el embajador ruso Sergei Kislyak en diciembre de 2016, precisamente cuando el Presidente saliente adoptaba sanciones contra Rusia por sus interferencias en la campaña electoral en forma de ciberataques contra el Partido Demócrata (*The Economist*, 18 de febrero 2017). En general, en la conformación de su equipo Trump mostró una preferencia clara por “halcones” procedentes bien de la carrera militar, como James Mattis (Secretario de Defensa) o Herbert R. McMaster (Consejero de Seguridad Nacional sustituto de Flynn), bien del sector privado, como Rex Tillerson (Secretario de Estado). Pero numerosas vacantes en el Departamento de Estado y en el Departamento de Defensa tardarían mucho en ser cubiertas porque en estos ámbitos la mayoría de expertos destacados del Partido Republicano se habían autodescartado tras manifestarse muy críticos con Trump. Es revelador que tres meses después de la formación del nuevo gobierno el Departamento de Estado careciese de número dos porque el Presidente rechazó en febrero al candidato propuesto por Tillerson, Elliot Abrams, quien en campaña se había mostrado crítico con el candidato.

La determinación del Presidente con respecto a algunos temas de la política exterior pronto se vio moderada por las constricciones internas del sistema político estadounidense y por las realidades indomables de la política internacional, de modo que lo que parecía un programa revolucionario se fue tornando en buena medida en política “convencional” (Karni, 2017). A nivel interno, pronto quedó claro que los cientos de miles de personas al servicio de la maquinaria burocrática en el Departamento de Estado, en el Departamento de Defensa y en las agencias que conforman la “Comunidad de Inteligencia” constituyeron una resistencia a las tendencias viscerales y expeditivas del Presidente. Por otro lado, los contrapesos institucionales característicos del sistema político comenzaron a actuar: desde el poder judicial se frenaron las órdenes ejecutivas que prohibían la inmigración procedente de algunos países musulmanes para evitar la entrada en el país de terroristas yihadistas; y desde el poder legislativo se debatirían y negociarían los presupuestos presentados por el Presidente para el siguiente curso fiscal.

A nivel externo, las realidades de la política internacional obligaron al nuevo gobierno a aceptar las diferencias entre lo supuestamente deseable y lo efectivamente posible a través de una serie de retractaciones y vaivenes en asuntos cruciales de la política exterior estadounidense.

Los planes presupuestarios proponen un aumento de un 10% en el gasto militar y un recorte sin precedentes en la ayuda al desarrollo y en las contribuciones a Naciones Unidas

En este sentido, tras las pruebas de misiles balísticos realizadas por Irán a finales de enero la respuesta estadounidense fue muy comedida, sin llegar a sugerirse el abandono unilateral del acuerdo nuclear, como en campaña se había proclamado (The White House, 2017b). Por otro lado, el Presidente respaldó en febrero la “política de una sola China” después de haberla cuestionado tras la victoria electoral subordinándola a los intereses comerciales norteamericanos.⁵ Trump había provocado a China al conversar telefónicamente con la Presidenta de Taiwán, pues era la primera vez que un presidente norteamericano lo hacía desde 1979, y lo hizo comentándole que no se sentía vinculado por dicha política. El Presidente Xi Jinping puso como condición para aceptar una llamada de Trump, como era la reafirmación de su compromiso con ella. Durante la visita oficial de Shinzo Abe, Trump reafirmó el compromiso con la seguridad de Japón, que en campaña electoral había puesto en cuestión (The White House, 2017c). Tras encontrarse con Benjamin Netanyahu en Washington, el 15 de febrero el Presidente abandonó el compromiso estadounidense con la solución de los dos Estados (Israel y Palestina)⁶ que posteriormente, tras dos conversaciones con el Rey de Jordania, recuperó Tillerson, y reiteró sus deseos de trasladar la embajada estadounidense a Jerusalén, aunque el Secretario de Estado declaró que “la capital a la que él viajaría era Tel Aviv”, pero al mismo tiempo censuró al Primer Ministro israelí la construcción de nuevos asentamientos en territorio palestino, que antes había defendido. Con respecto a la Alianza Atlántica, una semana antes de jurar el cargo el Presidente la había calificado de “obsoleta”, pero tras reunirse en abril en la Casa Blanca con el Secretario General de la OTAN, Jens Stoltenberg, Trump afirmó que “ya no es obsoleta” y reiteró el compromiso estadounidense con la organización, exigiendo al mismo tiempo al resto de aliados que elevaran su gasto en defensa hasta situarlo en el 2% del PIB nacional. Estas y otras contradicciones e indecisiones generaron desconcierto e hicieron dudar de la existencia de una verdadera política exterior (Cohen, 2017).

Donde la determinación del nuevo gobierno se mostró más sólida fue en las tendencias militaristas, demostradas con meridiana claridad en los presupuestos enviados al Congreso y en algunas operaciones militares. Los planes presupuestarios proponían un aumento de un 10% en el gasto militar, que se cubriría a costa de la diplomacia, pues el Departamento de Estado vería recortadas sus partidas en un 28%. Entre otras consecuencias, ello implicaría recortes drásticos en la ayuda al desarrollo, la desaparición de fondos para los programas contra el cambio climático y la reducción de las contribuciones a Naciones

⁵ En declaraciones a la CNN Trump afirmó: “No sé por qué tenemos que someternos a la política de una sola China, a menos que lleguemos a un acuerdo con China sobre otras cosas, incluyendo el comercio” (<http://edition.cnn.com/2016/12/11/politics/donald-trump-china-taiwan/>).

⁶ En la conferencia de prensa posterior Trump rizó el rizo sobre la cuestión al afirmar: “Contemplo los dos Estados y un Estado, y me gusta lo que le guste a las partes. (Risas) Estoy contento con lo que le guste a ambas partes” (The White House 2017c).

Unidas con las que se financian las misiones de mantenimiento de la paz, el Programa Mundial de Alimentos y la Agencia de la ONU para los Refugiados, por citar los más afectados (*The Economist*, 25 de marzo 2017). Si la interpretación de los presupuestos ofrecía alguna duda, el Director de la Oficina de Gestión y Presupuesto, Mick Mulvaney, se encargó de disiparla: “No hay duda de que es un presupuesto de poder duro. No es un presupuesto de poder blando. Este es un presupuesto de poder duro. Y se ha hecho de forma intencionada. Muy claramente, el presidente quiere enviar a nuestros aliados y a nuestros adversarios potenciales un mensaje de que esta es una administración de poder fuerte” (The White House, 2017e). Y este mensaje fue acompañado de hechos, como el anuncio del despliegue a principios de abril de una flota liderada por el portaaviones USS Carl Vinson en las aguas próximas a la península de Corea tras los ensayos con misiles balísticos realizados por Corea del Norte, o como el lanzamiento a mediados de abril de la bomba de artillería más potente jamás utilizada, denominada MOAB (Massive Ordnance Air Blast) sobre posiciones del Daesh en Afganistán. Pero quizá la demostración de fuerza más importante fuese el bombardeo de una base aérea siria en represalia por el ataque con armas químicas del ejército de Bachar El Asad que provocó cerca de 90 muertos a principios de abril. De este modo, Trump respondió al régimen sirio como Barack Obama no se atrevió tras el ataque químico mucho más grave de 2013. Por aquel entonces se aceptó una propuesta rusa de acuerdo para neutralizar el armamento químico sirio, que a la postre resultó ser un fracaso.

Precisamente este conflicto armado ha evidenciado la incompatibilidad de las posiciones de Estados Unidos y de Rusia con respecto a la supervivencia del régimen de Bachar El Asad. Si bien a finales de marzo Rex Tillerson y la embajadora estadounidense ante Naciones Unidas, Nikki Haley, se habían manifestado poco comprometidos con la idea de acabar con él, tras el ataque químico y la represalia estadounidense sus declaraciones subrayaban que la salida de El Asad del poder era una de las prioridades en Oriente Medio. La visita posterior de Tillerson a Moscú, que incluyó una dilatada entrevista con el Ministro de Asuntos Exteriores ruso, Serguéi Lavrov, y con el propio Vladimir Putin, confirmó el desencuentro “táctico” sobre Siria, pero no permitió esclarecer la esencia de las relaciones ruso-estadounidenses, en las que se insinúa un potencial de entente estratégico (Department of State Official Blog, 2017). Éstas deben ser interpretadas a la luz de las investigaciones oficiales en Estados Unidos sobre el papel desempeñado por Rusia en las elecciones presidenciales norteamericanas y los oscuros vínculos entre el entorno de Trump y la cúpula del régimen ruso. La sorprendente condescendencia mostrada hacia Putin

⁷ Por ejemplo, cuando en una entrevista en Fox News se le había planteado a Trump que Putin era un asesino, su respuesta fue: “Hay muchos asesinos. Nosotros tenemos muchos asesinos ¿Qué te crees, que nuestro país es muy inocente?” Nunca antes un Presidente estadounidense había llegado a sugerir que su país pudiese comportarse tan criminalmente como Rusia (o la URSS). (Fox News, 2017).

puede albergar planes para convertir a un adversario tradicional como Rusia en un socio estratégico con el que resolver cuestiones de interés común como el terrorismo yihadista, la rivalidad con China, la proliferación nuclear iraní o norcoreana y, más ampliamente, la estabilidad política global (*The Economist*, 11 febrero 2017).

La relación con Rusia constituye uno de los retos más importantes y el mayor enigma de la política exterior norteamericana bajo el gobierno de Donald Trump, pero la campaña electoral anunció muchos otros retos y enigmas. La respuestas a todos ellos deberían llegar más allá de estos 100 primeros días, marcados desde su inicio por el populismo y el nacionalismo, guías poco fiables para la política exterior de cualquier país y menos aún para la potencia hegemónica del orden liberal.

Referencias bibliográficas

Beinart, P. (2016), "Trump's Self-Pitying Agression", *The Atlantic*, 19 de mayo, disponible en: <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2016/05/the-jacksonian-candidate/483563/>

Bréville, B. (2016), "Les Etats-Unis sont fatigués du monde. De Barack Obama à Donald Trump, l'interventionisme ne fait plus recette", *Le Monde Diplomatique*, mayo, pp. 6-7.

CFR (2016), *The Next Commander in Chief: See where Donald Trump wants to take U.S. foreign policy*, Council on Foreign Relations (CFR), disponible en: <http://www.cfr.org/campaign2016/>

Clarke, M. y Ricketts, A. (2017), "Understanding the Return of the Jacksonian Tradition", *Orbis*, invierno, pp. 13-26.

Cohen, E. A. (2017), "The Silence of Rex Tillerson", *The Atlantic*, 4 de abril, disponible en: <https://www.theatlantic.com/international/archive/2017/04/rex-tillerson-state-department/521793/>

Cole, W.S., (1953), *American First. The Battle Against Interventionism, 1940-1941*, Madison, University of Wisconsin Press, disponible en: <https://archive.org/stream/americanfirsttheb000771mbp#page/n7/mode/1up>

Department of State Official Blog (2017), "Secretary Tillerson's Visit to Moscow Marks An Important Moment in the Relationship", DIPNOTE, 12 abril. Disponible en: <https://blogs.state.gov/stories/2017/04/12/en/secretary-tillersons-visit-moscow-marks-important-moment-relationship>.

Fisher, M. (2016), "What Is Donald Trump's Foreign Policy?", *The New York Times*, 11 de noviembre.

Fox News (2017), "O'Reilly Presses Trump on Travel Ban, Views on Putin in Super Bowl Interview", 5 de febrero. Disponible en: <http://insider.foxnews.com/2017/02/04/pre-view-bill-oreilly-donald-trump-super-bowl-interview>.

García, C (2014), "China en las relaciones internacionales: hacia la consolidación de la multipolaridad compleja", en Pelegrin, A. y Torroja, H., (eds.), *China hoy: claves para entender su posición en el tablero mundial*, Madrid, Marcial Pons, pp. 19-56.

Haines, J. R. (2017), "Divining a 'Trump Doctrine'", *Orbis*, vol. 61, núm. 1, invierno, pp. 125-136, disponible en: <http://www.fpri.org/article/2017/01/divining-trump-doctrine/>

Huntington, S. P. (1999), "The Lonely Superpower", *Foreign Affairs*, vol. 78, núm. 2, marzo/abril, pp. 35-49.

Ikenberry, G.J. (2004), *Liberal Order and Imperial Ambition*, Cambridge, Polity Press.

Joffe, J. (2001), "Who is Afraid of Mister Big?", *The National Interest*, verano, disponible en: <http://nationalinterest.org/article/whos-afraid-of-mr-big-1201>

Karni, A. (2017), "Trump's foreign policy goes mainstream", *Politico*, 10 de abril, disponible en: <http://www.politico.com/story/2017/04/donald-trump-foreign-policy-mainstream-staffers-237046>

Klare, M. (2017), "Le monde selon Donald Trump. Unilateralisme tous azimuts", *Le Monde Diplomatique*, núm. 765, enero, pp. 11-13.

Lesperance, W. F. (2016), "American Foreign Policy and the 2016 Presidential Election", *Society*, vol. 53, núm. 5, octubre, pp. 498-503.

Mead, W. R. (1999), "The Jacksonian Tradition: An American Foreign Policy", *The National Interest*, núm. 58, invierno, pp. 5-29.

McGlory, J. (2007), *The Soft Power 30. A Global Ranking of Soft Power*, Londres, Portland, disponible en: https://softpower30.portland-communications.com/wp-content/themes/softpower/pdfs/the_soft_power_30.pdf

Pew Research Center (2016), "Public Uncertain, Divided over America's Place in the World", mayo, disponible en: <http://www.people-press.org/2016/05/05/public-uncertain-divided-over-americas-place-in-the-world/>

Renard, T. (2009), "A Bric in the World. Emerging Powers, Europe and the Coming Order", Bruselas, The Royal institute for International Affairs, *Egmont Papers*, núm. 31, Octubre.

Republican Party (2016), *Republican Platform 2016*, Committee on Arrangements for the 2016 Republican National Convention, disponible en: <http://www.gopconvention2016.com> y [https://prod-cdn-static.gop.com/media/documents/DRAFT_12_FINAL\[1\]-ben_1468872234.pdf](https://prod-cdn-static.gop.com/media/documents/DRAFT_12_FINAL[1]-ben_1468872234.pdf).

Rojecki, A. (2017), "Trumpism and the American Politics of Insecurity", *The Washington Quarterly*, invierno, disponible en: https://twq.elliott.gwu.edu/sites/twq.elliott.gwu.edu/files/downloads/TWQ_Winter2017_Rojecki.pdf

Shapiro, J. (2016), "What Europe should do about a problem like Trump", European Council on Foreign Relations, disponible en: http://www.ecfr.eu/article/commentary_what_europe_should_do_about_a_problem_like_trump

The Economist (2017), "Courting Russia" y "Champions of the world". 11 de febrero.

The Economist (2017), "A New Confrontation", 25 de febrero.

The Economist (2017), "Errant Flynn", 18 de febrero.

The Economist (2017c), "US v UN y Lean, not Green". 25 de marzo.

The White House (2017a), "An America First Energy Plan". Disponible en: <https://www.whitehouse.gov/america-first-energy>.

The White House - Office of the Press Secretary (2017b), "Statement by the National

Security Advisor”, , 1 de febrero. Disponible en: <https://www.whitehouse.gov/the-press-office/2017/02/01/statement-national-security-advisor>.

The White House – Office of the Press Secretary (2017c), Joint Statement from President Donald J. Trump and Prime Minister Shinzo Abe”, 10 de febrero de 2017. Disponible en: <https://www.whitehouse.gov/the-press-office/2017/02/10/joint-statement-president-donald-j-trump-and-prime-minister-shinzo-abe>.

The White House – Office of the Press Secretary (2017d), “Remarks by President Trump and Prime Minister Netanyahu of Israel in Joint Press Conference”, 15 de febrero. Disponible en: <https://www.whitehouse.gov/the-press-office/2017/02/15/remarks-president-trump-and-prime-minister-netanyahu-israel-joint-press>).

The White House – Office of the Press Secretary (2017e), “Press Briefing by OMB Director Mick Mulvaney Previewing the President’s FY18 Budget”, 15 de marzo. Disponible en: <https://www.whitehouse.gov/the-press-office/2017/03/16/press-briefing-omb-director-mick-mulvaney-previewing-presidents-fy18>

Trump, D. con Shiflett, D. (2000), *The America We Deserve*, Los Ángeles, Renaissance Books.

Wright, T. (2016), “The 2016 Presidential campaign and the Crisis of US Foreign Policy”, Lowy Institute for International Policy, *Analyses*, 10 de octubre. Disponible en: <https://www.lowyinstitute.org/publications/2016-presidential-campaign-and-crisis-us-foreign-policy>

Wright, T. (2017), “What the Syria strikes tell us about Trump’s foreign policy”, *Brookings Order from Chaos*, 7 de abril. Disponible en: <https://www.brookings.edu/blog/order-from-chaos/2017/04/07/what-the-syria-strikes-tell-us-about-trumps-foreign-policy/>

WSJ (2016), *Clinton vs. Trump – Where They Stand on Foreign Policy Issues*, Wall Street Journal (WSJ), disponible en: <http://graphics.wsj.com/elections/2016/donald-trump-hillary-clinton-on-foreign-policy/>